

Repertorio Americano

CUADERNOS DE CULTURA HISPANA

Tomo L

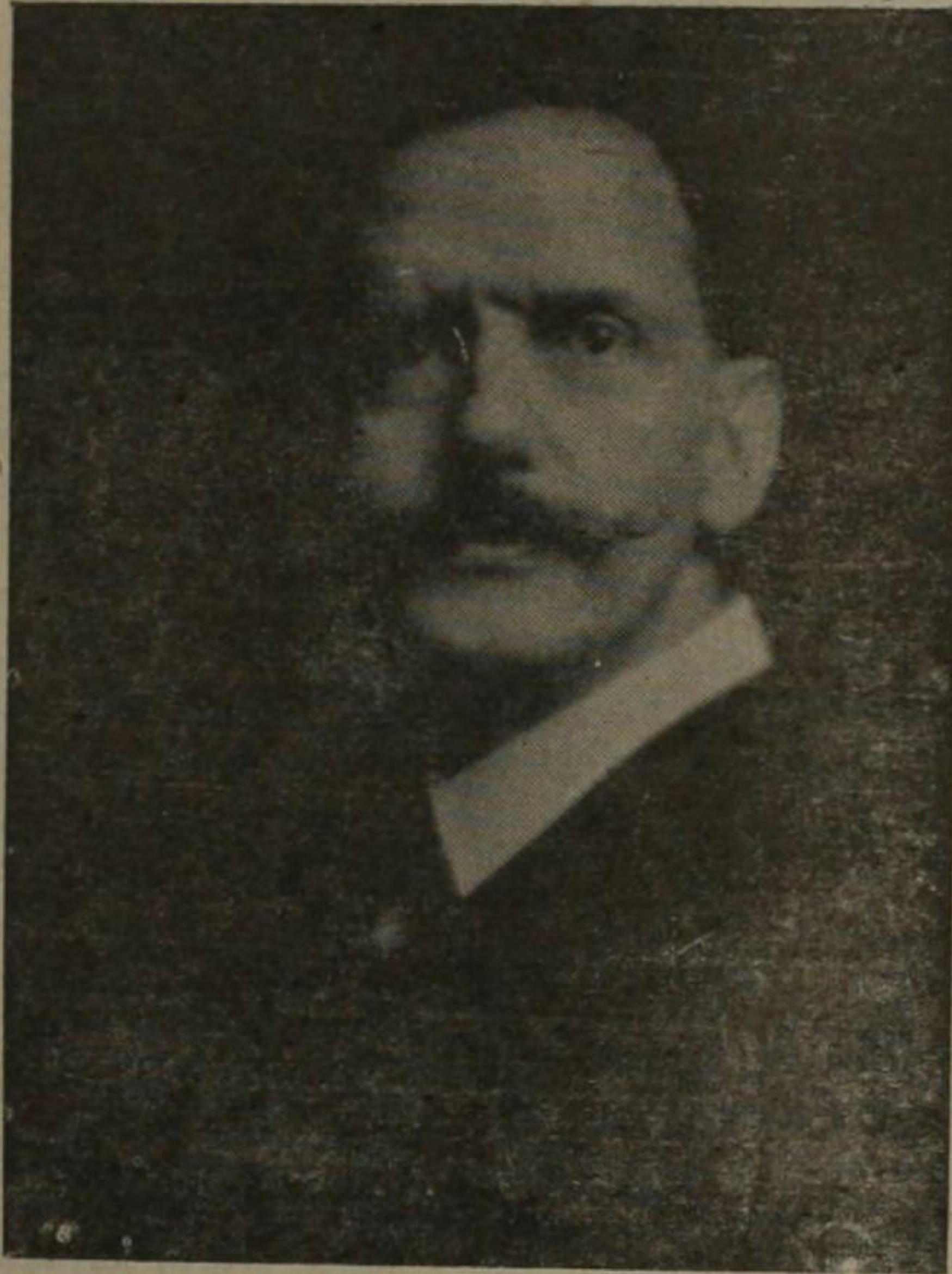
San José, Costa Rica

1958

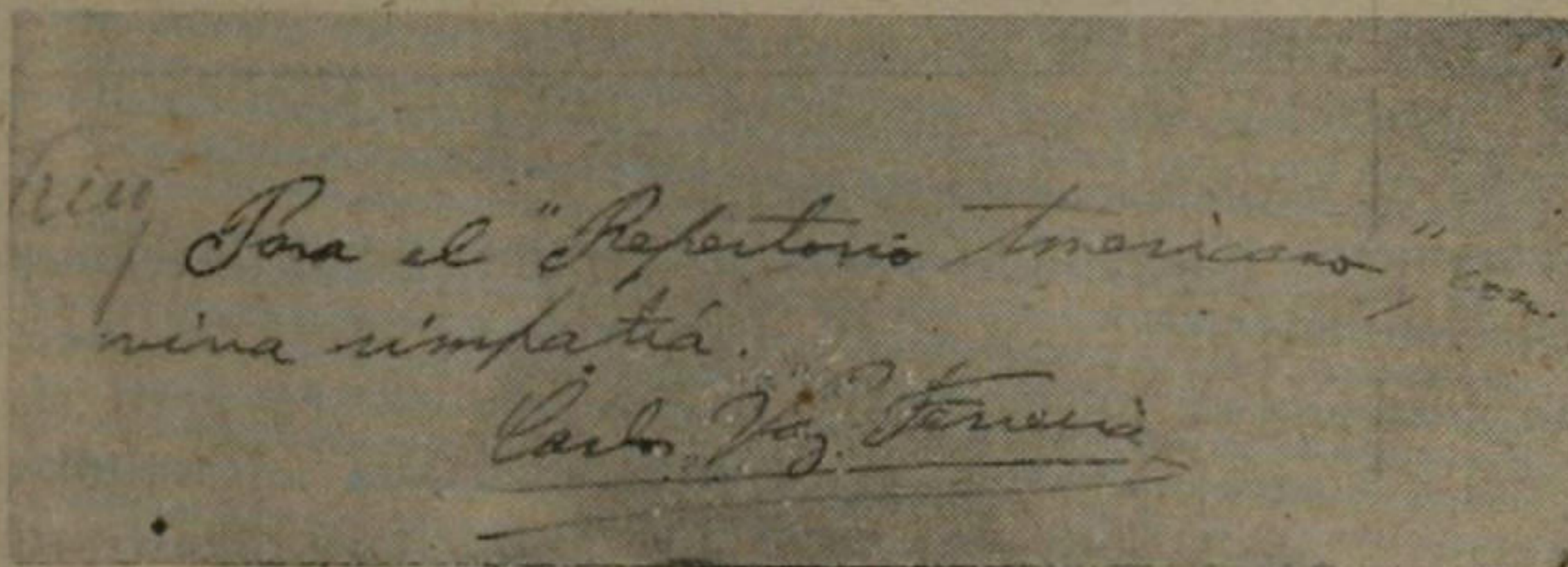
Febrero

Nº 2

Año 36 — Nº 1182



Dr. Carlos Vaz Ferreira (1939).



SE FUE EL MAESTRO:

El último consejo de Vaz Ferreira

Por Dora Isella RUSSELL

(Envío de la autora)

Nunca asociábamos a Vaz Ferreira con la muerte. Parecía que no iba a morir; que no podía morir. Le veíamos anciano pero invulnerable, frágil pero resistente.

Todavía no lo creemos.

La muerte de Carlos Vaz Ferreira cobrará, con el tiempo, su dimensión verdadera, su resonancia americana. Ahora sólo sabemos de la congoja inmediata, el desgarramiento del tránsito reciente, la desaparición concreta de su silueta familiar y característica, que despertaba afecto e imponía reverencia. Pero lo bueno de las devociones, de las admiraciones, es no nece-

sitar de la presencia corpórea. Vendrá después la serenidad para el juicio valorativo, para la revisión crítica, para la ubicación inamovible de un prestigio que ya ha ganado la posteridad. Estamos demasiado próximos para ser ecuánimes, y podemos incurrir por igual en las generosidades irreflexivas —acaso sea paradójico unir la reflexión con la generosidad— o en las negativas escépticas. Más tarde, más allá de la pasión estimativa, el verdadero Vaz Ferreira irá asumiendo, a medida que corran los días, el contorno trascendente de su empinado magisterio,

Ahora estamos a tan pocas horas de su partida, que renunciamos a lo que no sea el lado humano de la evocación, anotando un puñado de recuerdos, con prescindencia de esas meditaciones consideraciones que otros podrán hacer con más autoridad que quien esto escribe. Porque esta es, exclusivamente, la hora del sentimiento.

Un gran profesor nos condujo, en años de estudios secundarios, ante el pensamiento de un filósofo uruguayo. El profesor —lo recordamos con agradecido cariño— era Luis Gil Salguero. Y el filósofo, Carlos Vaz Ferreira, naturalmente. Le conocimos a través de «Lógica viva». Muchas cosas se nos escurrían del entendimiento; pero más tarde descubrimos que aquella asimilación imperfecta de su enseñanza, era cosa prevista, nada desdeñable, manera fecunda, según el Maestro, de remover inquietudes, porque, decía, «lo parcialmente inteligible es un fermento intelectual de primer orden». Y fuimos comprendiendo que aquel esfuerzo intelectual, que nos pareció estéril, podía fructificar más adelante. Eso era lo valioso. Porque la inteligencia no desaprovecha nada y la memoria selecciona naturalmente lo que le apetece.

Desde entonces el nombre de Vaz Ferreira volvió a resonar muchas veces en nuestro oído. Hasta que un día de 1944 conocimos al hombre. Ya tenía la misma estampa física que le vimos siempre. Fluía de él una extraña combinación de ternura y fortaleza. La apariencia o, mejor, la presencia afable, recubría un espíritu ardiente y templado, movido por un interés ecuménico, solicitado por todas las inquietudes; espíritu que no conoció la claudicación ante un problema ni la transigencia ante un ideal. Defendía con entereza sus convicciones, pero sabía también rectificarse, enmendarse; su pensamiento, lejos de todo dogmatismo, era flexible, elástico se adaptaba a las mutaciones de la vida, y eso explica el dinamismo y la cualidad *fermental*, no estacionaria, en devenir constante, de su ideario.

Predicó Vaz Ferreira infatigablemente la importancia del estudio desinteresado, pues ambicionaba gene-